



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias 60.—Ap. 547—Teléfono 1843.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

JOAQUIN DICENTA

La viuda del grande hombre.

JACINTO CARMIN

La fidelidad de Rodríguez.

JOSÉ MOREIRA

La menegilda.

FELIX RECIO

Las cédulas personales.

MODESTITO

Capote al brazo.

TOVAR, CYRANO

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de

Lolita Cuenca



LOLITA CUENCA

Una de las agitadoras de *La Rumba...*

5 cénts.

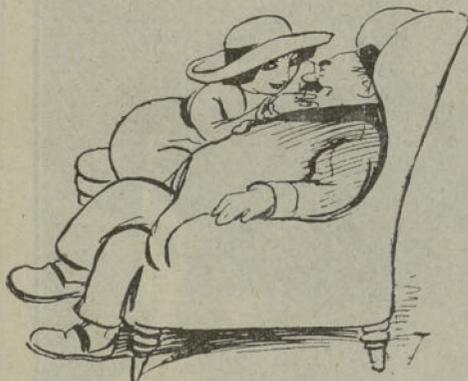


MENUDA polvareda se ha armado con esto del inquilinato! Yo tengo un amigo, completamente íntimo, que es concejal, aunque le esté mal el decirlo, que el hombre ha adelgazado estos días, lo menos un par de kilos, y está tan preocupado con la campaña de los enemigos del impuesto, que sale de su casa disfra-

los hay que dan serrín, si bien hay otros que se ríen de esa campaña, porque sospechan, que algunos de los que andan en el ajo de la protesta, llevan fines pecaminosos, á pesar de que la saben menear á las mil maravillas.

Con este motivo, han surgido millares de arbitristas proponiendo múltiples sustitativos para que desaparezca el tan discutido impuesto de inquilinato. Los pobres proponen que paguen solo los ricos, y los ricos, que sean los pobres los que carguen con el fiambre. ¡Cualquiera se fiambre de estos hacendistas espontáneos!

Lo mejor será que se lo carguemos á nuestros nuevos súbditos los vecinos de Tetrán, á donde decían los alarmistas que



—Anda rico, dame el piquito.
 —Pero muchacha, si ahora...
 —No, si digo el piquito ese de las mil pesetas que me ofreciste anteayer.

zado unas veces de fraile carmelita, y otras de guardia municipal, y de vez en cuando de rolliza ama de cría, temeroso de ser lynchado por sus convecinos que le miran ferozmente como si les hubiese pisado un callo ó tratase de colocarles un drama en tres actos.

Ser en estos momentos concejal en Madrid, es casi tan expuesto como ser en Méjico, hermano, sobrino ó cualquier clase de pariente de Madero. Y no quiere esto decir que deje de haber algunos concejales que son verdaderos maderos, porque



—Niña, cómo se conoce [que ha] pasado usted por al lado de algún derribo.
 —¿Por qué me dice usted eso?
 —¡Porque tiene usted un polvo!

era tan difícil llegar, sin tener en cuenta que por una perra gorda se planta uno en los Cuatro Caminos y desde allí, no hay que andar más que cuatro pasos.

Y puesto que ha sido una penetración completamente pacífica, sin gritos ni sangre, que es la consecuencia obligada de

han salido, en plaga como la difteria, llevando de *difterios* á nuestros ediles.

Se podría llamar el impuesto de ocupación.

Por más que sobre esto también podría establecerse en Madrid, y bien administrado acaso, cubriese el déficit municipal.

El impuesto de ocupación, es algo así como el de la carne con la diferencia de que no hay que profundizar mucho con el pincho. Ahora, que también habría mucho matute, precisamente porque no hay nada que agrade tanto como la introducción de matute.

Y ya puestos á proponer sustitutos del inquilinato, se me ocurre otro de seguro resultado, al que titularía impuesto «contemplativo».

Así como actualmente á las entradas de



Una.—¡No tengas miedo mujer que no pasa nadie!

La otra.—Pues juraría que alguien había dicho ¡Anda la osa!

toda penetración (pero que en este caso ha estado de más, gracias á la vaselina perfumada de nuestra diplomacia), sería la cosa más fácil del mundo que esta contribución sustitutiva se la metiésemos con suavidad á los moritos tetuanies.

Conque los del tabor de la policía los reuniesen en la Alcazaba y les dijiesen que ellos son los que deben de pagarnos las cargas municipales á los madrileños, aunque en seguida saliesen tocando el *tabor*, estábamos al cabo de la calle.

Es una idea que seguramente no le *alcazaba* á ninguno de esos arbitristas que nos

EN LA CALLE DE ALCALA



—Mira, mira qué lengua me enseña aquel señor del Casino.

—¡Ay hija! me lo se de memoria.



—¿Mi marido dices? Pues de caza, chica, de caza
 —Eso te disgustará ¿verdad?
 —Que se vaya él no, pero lo que me molesta
 extraordinariamente es que se lleve con él á todos
 mis amigos.

las carreteras, hay vigilantes sanitarios, podían establecerse á las entradas de ciertos salones de espectáculos y de determinados teatros, el Real inclusive, otros encargados de hacer efectivo éste.

Los que acuden, á contemplar *caderamen* y *glandulage* en sus diversas manifestaciones, pagarían una tarifa.

Los que van á contemplar, prismático en ristre, los descotes de los pechos y de los antepechos, otra.

Los que asisten á extasiarse con rumbas, pulgas y molinetes al natural, otra escala de tributación.

Podía, ya en otra graduación, hacerse extensivo á los que piden en los cines poca luz y películas de gran metraje.

¡Me parece que *me traje* un impuesto de positivo éxito!

Tampoco estaría de más que se buscara el medio de aplicarlo á los *magreadores*, que ya son unos contemplativos prácticos, y de proporción bastante más reducida á otros contemplativos completamente cándidos: los que se colocan cerca de las pa-

radas de los tranvías para ver subir y bajar viajeras de falda *entravé* y á los que en días de lluvia van por esas calles tomando apuntes para hacer solitarios en casa.

Así, las contribuciones, deben de ser directas, pues según todos los economistas y financieros, son más morales que las indirectas. No hay que venirse con indirectas.

Ensayado el sistema, también le llegaría su turno al otro sexo. No es justo que en esto de las contribuciones nos las cargue-



La madre.—¡Anda de ahí; no digas en ninguna parte que eres hija mía!

La hija.—¿Para qué mamá, si no me lo van á creer?

mos todas los hombres. El que más y el que menos se carga más de las que sus fuerzas alcanzan.

Y hay señoras con mucha más fuerza motriz que muchos varones, que tienen á gala mostrarla en cuanto tienen un pretexto cualquiera. Algunos de los cuales, puestos á enseñar sus fuerzas, enseñan hasta la motriz.

Un pequeño reporter.

❖ La viuda del grande hombre

Así la llamábase mos todos. Ni el Juzgado municipal, ni el cura, intervinieron en la unión de la gran mujer y el gran artista. No les hizo falta; ella tenía sobrada hermosura y él sobrado entendimiento para burlarse de rutinas y gritar,

Entre los admiradores del maestro, figuraba como uno de los primeros yo. El poeta me favorecía con su amistad; rara era la noche en que no acudía á su casa para deleitarme con los donaires de su conversación ó recoger las primicias de sus poemas.

Declaro, honrada y lealmente, que la belleza de Margarita no entraba por nada en mi asiduidad. Ni sentí por ella otros deseos que los inconscientes, propios á mi condición de macho, ni ella me hubiera permitido sentirlos tampoco.

Margarita adoraba al maestro; y, no obstante la diferencia de edad—ella tenía veinticinco años,—hubiera sido difícil hallar compañera más enamorada y más fiel de un hombre; aun entre las que pasan por el Juzgado municipal y reciben la bendición de un cura.

Bien es cierto que siendo Margarita mujer en quien el talento hacía á la hermosura triunfal competencia, y necesitando, por tal causa, proporcionar goces á algo más que á sus sentidos, hubiérale resul-



La señora.—Bueno, pues ahora tiene usted que bajar á la tienda por huevos.

La criada.—No, señorita; bajaré con muchísimo gusto. ¡No faltaba más!...

encarándose con el mundo: «Hacemos lo que nos da la gana. Habla tú lo que te dé la gana también».

Los artistas jóvenes de aquella época tenían aún la pícara costumbre de admirar y respetar á nuestros antecesores: costumbre que hoy, afortunadamente para el progreso del arte, de la independencia y de la vanidad, va desapareciendo en España. Admirábamos, respetábamos á los viejos ilustres y como á ningún otro al poeta insigne que remozaba sus cincuenta años y sus blancos cabellos con el mirar de sus ojos vivos, con el sonreír de su boca alegre y con sus partos de producciones cada vez más apasionadas y viriles.



La señora.—¡No entres Juan porque me tendrás que faltar al respeto!



—Queremos que nos haga usted un retrato para enviárselo á mis papás suegros en demostración de que desde ayer somos completamente felices.

—¿Lo quieren ustedes al pastel?

—Mejor será que lo haga á la *medianoche*, para que tenga más parecido con el acontecimiento que va á conmemorar.

tado punto menos que inconseguible hallar quien la satisficiera tan por completo como el maestro, que se conservaba fuerte de nervios y de músculos y omnipotente de corazón y de sesera.

Como maestro que vierte delicadamente sobre sus discípulos consejos y enseñanzas, como discípulo que con religioso fervor bebe esas enseñanzas y esos consejos, encantadora musa de aquel delicioso Parnaso, nos congregábamos todas las noches, el gran hombre, Margarita y mi humilde persona, en un gabinetito que daba sobre el jardín, para que el aire perfumado lo penetrara en las noches de estío: para que las ramas de los árboles golpeasen sus vidrieras durante el invierno con objeto de pedirle hospitalidad.

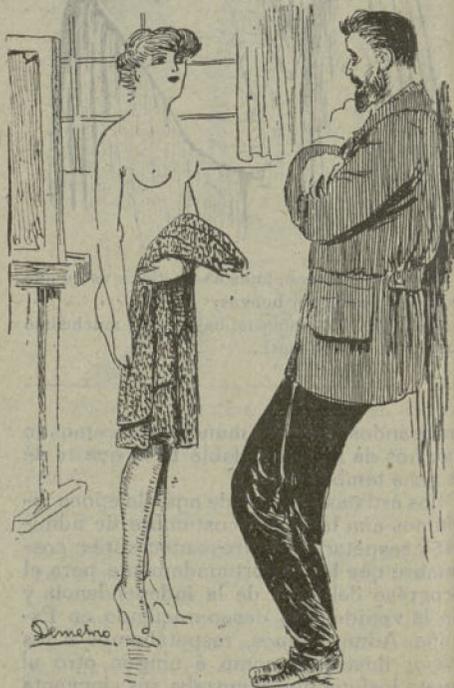
¡Hermosas é íntimas conferencias que presidía el retrato del maestro, puesto encima de anchodiván turco. Un retrato hecho al lápiz, dande aparecía el poeta transparentando su alma en el mirar de sus ojos brillantados por la experiencia, en la sonrisa indulgente de sus labios, dulcificada por el conocimiento de los hombres y el mundo!

El maestro murió. Murió como había vi-

vido, sonriendo y esperando en el porvenir.

La pena de Margarita fué grande, sincera, sin gritos, exteriorizada con silencioso llanto, que caía lágrima á lágrima por su rostro encuadrado en la rizosa cabellera y se perdía en las morbideces de su pecho oculto tras una bata negra. Durante un mes quiso estar sola con su pena. A su término volvió á recibir á sus amigos y volvió á frecuentar yo el elegante gabinete construido sobre el jardín lleno de flores.

Otro mes entero, noche á noche, se nos pasó hablando del maestro. Ella recordaba sus bondades, su grandeza de alma, su poderío intelectual, su hermoso corazón, que la labró un paraíso dentro del hogar; su genio que la construyó un trono fuera de él. Yo evocaba su obra, recitando sus versos, enumerando sus proyectos deshechos por la muerte, entonando un leal



El pintor.—Estás bien, chiquita, pero yo necesito una modelo que resista una posición muy violenta.

La modelo.—No se apure usted, maestro, he trabajado en todas las posturas.

himno de alabanzas y admiraciones frente á aquel retrato que parecía bendecirnos con sus ojos llenos de luz y su sonrisa llena de bondad.

Al mes siguiente hacíamos paréntesis



El espectador.—¡Y ole tu madre, por tí perdía yo la nuez!

El músico (aparte).—De eso me encargo yo como te acerques mucho.

egoistas á nuestro dolor; durante esos paréntesis desplegaba ella las gracias de su ingenio peregrino y sutil, me atrevía yo á leerle mis trabajos, mis primeros balbuceos de artista; ella los escuchaba siempre con gusto, á veces con sincera é íntima convicción.

Y llegaron noches en que ya no se habló del muerto. ¿Era que le olvidábamos?

No; era que la vida, sobreponiéndose á la muerte, reclamaba sus indestructibles derechos.

Y una noche, noche de estío, en que la lámpara teñida de azul descolgaba sobre

nuestras cabezas rayos melancólicos y las flores del jardín nos mandaban por las entreabiertas vidrieras perfumes revueltos con el aire primaveral, hablamos de nosotros, de mi porvenir, de su solitaria existencia, de nuestra juventud, de su hermosura yo, de mi entendimiento ella; é ignoro cómo, pero mis manos cogieron las suyas y mis labios arrebataron de los suyos el primer beso.

Con los negros ojos entornados y febril el aliento que levantaba su seno con voluptuoso vaivén, cayó ella sobre el diván turco.

Mis ojos se clavaron en el retrato del grande hombre. Sus pupilas me contemplaron con noble dulzura; su indulgente sonrisa pareció decirme: «Era preciso. Sois jóvenes; amaos; tenéis derecho á ello. Amáos; disfrutad de la juventud. Yo presidiré vuestras bodas».

Joaquín Dicenta.



El viejo.—¡Unn... ¡Me siento infanticidal!

♦ La fidelidad de Rodríguez

Rodríguez era un esposo modelo: tenía cuarenta años y nunca había engañado á su cónyuge; el pobrecillo se pasaba de bueno, de fiel y de metódico: de su casa á la oficina, de la oficina á su casa... ¡y siempre igual!... ¡Ah! Y cuando iba por la calle, nada de mirar la cara ni el reverso de las hembras bonitas, sino con los ojos



El admirador.—Pues yo, como tirador también, tengo muchos trucos; cuando no puedo tirar por falta de municiones, imito coa la lengua el chasquido del tiro.

Ella.—Eso es la meg de integesante señog.

muy quietos, mirando al suelo ó «al mundo de las cosas puras», que dijo Campoamor. Si alguna noche, volviendo á su domicilio, cualquiera de esas mariposas del crepúsculo, que tanto abundan en Madrid, se le acercaba murmurando en su oído proposiciones tentadoras, las mejillas de Rodríguez teñíanse de rojo. Hay quien asegura que este hombre, modelo de ofici-

nistas, no conoció, hasta los cuarenta años otra mujer que la suya.

He empezado á escribir esta cuartilla diciendo:

«Rodríguez era un esposo modelo».

¿Por qué pongo en pasado la fidelidad de Rodríguez? Voy á decirlo:

Rodríguez... (él sabrá agradecerme que oculte su verdadero nombre tras este apellido vulgarísimo) salió de su oficina, atravesó la Puerta del Sol y subió á uno de los tranvías del barrio de Argüelles. Eran las ocho y quince minutos. Todos los asientos, menos uno, estaban ocupados, y nuestro hombre, luego de pedir cortésmente permiso para sentarse, pudo hacerlo entre un señor gordo, sordo como una pared, y una señorita con gabán largo, zapatitos de charol y sombrerito recogido.

Rodríguez, siempre honesto, se había colocado con las piernas muy juntas, rehuendo todo impuro contacto; de pronto sintió sobre su muslo derecho la presión maliciosa, elocuente, de la rodilla izquierda de su vecina: aquello, sin embargo, podía ser una casualidad; pero, no: la presión continuaba, crecía... y luego, no fué sólo la rodilla de la desconocida, sino también su pie, el que comenzaba á insinuarse amorosamente merced á delicadas presiones.

Rodríguez, á despecho de sus miramientos, concluyó por sentir cómo el dulce calor de aquella carne iba penetrándole hasta los tuétanos, y poco á poco, con hipocresía jesuística, fué volviendo los ojos hacia la señorita del sombrero recogido. Y la halló bonita, ¡vaya!... mucho más bonita y bastante más fresca que su esposa...

Nuestro oficinista se apeó del tranvía allá por las alturas de la Cárcel-Modelo y, á fuer de hombre honrado, echó á caminar sin volver la cabeza, huyendo toda tentación. De pronto sintió que una mano se apoyaba en su brazo; miró: era *Ella*...

—Señorita...

—Caballero... ¿tendrá la desgracia de no gustarle á usted?

Á Rodríguez la lengua se le apelonaba en la boca. La joven continuó:

—Soy huérfana y libre; soy caprichosa... Usted, caballero, me parece un buen hombre.

Rodríguez, al fin pudo hablar.

—Señorita, agradezco muchísimo sus finezas, pero... soy casado...

—¿Y eso?...

—Mi mujer está esperándome para cenar.

—Cene usted conmigo. Yo también ten-



—Diga usted, portera ¿se puede ver ese cuarto desalquilado?

—Espere un momentito, caballero, que ahora mismo se lo va á enseñar mi sobrina.

go para usted, una casa... y una mesa...

—¡Bah!... Imposible, señorita.

—Y un gabinete muy cuco...

Le miraba á los ojos, fascinándole; Rodríguez sintió que algo ardiente le nublabá la vista, y perdió el juicio, y se dejó llevar.

La broma le costó cuarenta pesetas.

Cuando regresó á su casa ya habían cerrado el portal; eran más de las diez.

—¿Y la señorita?—preguntó el oficinista.

La criada repuso con gran naturalidad y sosiego:

—No ha venido aún; como iba á casa de su prima, se habrá entretenido.

Aquella noche el honrado esposo no pudo cambiar, con su mujercita, media docena de palabras.

«La he engañado—se decía,—soy un miserable; no debo volver á poner en ella los ojos; debo morir».

La idea negra del suicidio fué apoderándose de su pensamiento: el hechizo de su matrimonio estaba roto; entre él y su esposa, el espectro del adulterio dormiría siempre, helando su carne. En la oficina,

en la calle, en la mesa, en el teatro, en casa de su jefe, mientras jugaba al dominó, Rodríguez pensaba: «Debo morir».

Ocho días después, Rodríguez se encerró en su despacho para escribir la siguiente carta:

«Esposa de mi alma: En un momento de locura te fuí infiel; el remordimiento de haberte engañado me obliga á morir. Perdóname.—*Chachín*».

Cuando Rodríguez se disponía á levantarse la tapa de los sesos, su mujer, como llovida del cielo, entró en la habitación; al verla, Rodríguez dejó caer el revólver. Ella lanzó un grito.

—¡Celedonio!... ¿Qué ibas á hacer?

—Suicidarme.

—¡Tú!... ¿Y por qué?...

Cogió la carta y leyó...

—¡Cómo!—exclamó con profunda extrañeza;—¿es posible?... ¿No me habías engañado nunca?...

Desde entonces, Rodríguez no es fiel: la exclamación de su *costilla* le ha explicado todo un curso de filosofía tolerante y mundana. Puesto que *ella* le deja...

Algunos días no cena en casa. Lo malo es que *ella*, su mujer, le imita; pero él no se enfada. Noches atrás durmió por ahí...

Jacinto Carmin



Una.—¿Y qué te dice?

La otra.—¡Casi nada! (leyendo) «... querida amiga, cuándo hará usted como las hojas, cuándo se dejará usted caer!...»

La menegilda

La especialidad de Amparito son las cartas. Si yo hubiese podido realizar la labor impropia de reunir todas las que lleva escritas en su larga vida (aunque es joven) de mujer galante, en correspondencia particular, constituiría un

UN CAPRICHITO



—Venimos á invitarte á una fiesta íntima con la condición de que asistas así como estás.

—¡Así! Por lo menos me quitaré el tonelete.

tomo curiosísimo digno de ser publicado y que no se eternizaría en los escaparates de las librerías como las novelas de un amigo mío que escribe para él solo.

Las cartas de Amparito son verdaderos documentos; tiene una gran habilidad para escribirlas y casi puede competir con Madame de Sevigné, si no en el estilo, porque la literatura no es cosa que le preocupe, al menos en la intención.

Amparito jamás ha pedido nada á un amante suyo cuando ha estado junto á él.

Tiene el buen talento de comprender que á todos los hombres les molesta eso de que inmediatamente después de una caricia más ó menos íntima, se les hable de la cuenta de la modista, de los pendientes que hay expuestos en casa de Laclouche ó del recibo del mes que ha presentado el casero.

Amparito guarda todo esto para decirlo por escrito.

Tiene la seguridad del éxito y pocas veces ha fallado una carta suya.

De aquí su gran habilidad.

Tadas las mañanas dedica una hora á *despachar*.

Durante ese tiempo deja arreglados todos los asuntos para poder luego entregarse libremente á distintas combinaciones. Es una especie de oficina á la cual no falta ningún día, porque en ello le va el buen régimen económico de la vida. No necesita de secretario particular; ella misma se basta y se sobra para redactar las misivas de tanda cada día. Cuando se levanta, lo primero que hace es preguntar á la doncella:

—¿Quiénes vendrán hoy á cobrar?

—¿Hoy?

—Sí.

—Pues... primero la planchadora.

—¿Cuánto importa la cuenta?

—Tres duros.

—¿Y no te ha sobrado nada de ayer?

—Lo he empleado en gastos de la casa.

—Bueno: ¿quién más?

—La cuenta del último sombrero: cincuenta y dos pesetas.

Amparito va apuntando.

—Ya está: ¿qué otra cosa?

—Para hoy no tenemos ningún otro vencimiento.

—Es poco: total una carta.

Amparito se hace traer recado de escribir y se dispone á llenar un plieguecillo de papel de cartas. Pero antes repasa con la imaginación entre todos los sujetos que son dignos de que ella les escriba.

—¿Quién estuvo ayer conmigo?

—Ese joven de Cuenca que conoció á usted en Apolo.

—No; ese lo guardo para pagar la casa. ¿Y anteayer?

—¿Anteayer? Don Raimundo, el cajero del Banco de Anticipos.

—Tampoco: es un señor muy respetable que se denigraría con pagar picos tan mezquinos. Este me servirá para la capa de pieles que he mandado traer de París.

—El lunes estuvo don Manolito.

—¡Ah! El hijo de un senador garciaprietista. Este es el más á propósito: como hijo de familia, aunque su padre es muy rico, no dispone de mucho dinero porque éste le da una cantidad mensual para todas sus *extralimitaciones*... y el chico no puede *extralimitarse* mucho.

—Ya se conoce.

Las cédulas ♦ personales

Hace ya muchos años, dos ó tres más tarde de haber dejado á mi pueblecito, mi Val de Santo Domingo, tan calladito y tan honesto, pasé por una de las épocas más aciagas de mi existencia, y como el que va á ahogarse se agarra á un palo que está ardiendo, me agarré yo á la ocupación de repartidor de cédulas á domicilio.

El oficio, sino otra cosa, da ocasión para conocer deliciosas intimidades, tragicomédias caseras y líos y trapisondas de todos los tamaños. Recuerdo que una vez, en cierta calle algo angosta y de sospechoso cariz, topéme con una jovencita como de veinte años de edad, muy linda y discreta en el hablar y con apariencias honestísimas.

¡La idea de una conquista fácil atravesó mi mente virginal de recaudador de cédulas, y como no era cosa de hacer sentir á tan encantadora niña los rigores de la ley, empecé por decirle que la provisión del documento no corría prisa; que si lo necesitaba en el acto podía pedírmelo y pagármelo cuando bien la viniese, ó no pagar-



—¡Fulgencio, que llama la Naturaleza!

—Pues dile que no tengo suelto.

—A éste puedo pedirle quince duros y con ese dinero te las compondrás para pagar esas dos cuentas y hacer el arreglo de la casa un par de días.

—No sobran más que ocho pesetas.

—Bueno; entonces arréglate para un solo día.

Amparito se dispone á escribir.

Una vez terminada la carta, la doncella es la encargada de llevarla á su destino y esperar la contestación anhelada. Amparito está segura del resultado y aguarda en casa la contestación para quedar tranquila durante veinticuatro horas.

No ha transcurrido mucho rato cuando la doncella vuelve.

—¿Te dió los quince duros?

—Sí, señora.

—¿En el acto, verdad?

—En el acto. Pero...

—¿Qué pasa?

—Que ahora me acuerdo que hoy no tienen que venir á cobrar eso, sino las mil pesetas de la capa.

—Y ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque lo que yo quería era cobrar los quince duros que usted me debe y... ¡abur!

♦♦

Es la única carta que le ha salido *contraria* á Amparito.

José Moreira.

Lea usted el martes

EL LIBRO POPULAR

Biblioteca Regional de Madrid



—¿Qué te ha dicho aquel guardia?

—Que si nos vuelve á ver por aquí, nos va á poner las peras á cuarto.

—¡Pues sí que sería un negociol!

melo si le venía mal; que mi humilde persona encerraba tesoros de piedad y amor al prójimo, y que tratándose de semejante deudora, la Arrendataria abriría la mano y no repararía en céntimo más ó menos. Después de este preámbulo vinieron las frases volcánicas, las solicitudes bien en-



—¡Qué barbaridad, qué tamaño!

cubiertas y los suspiros de doble y aun de triple intención.

La jovencita me escuchó sonriendo y permitió que la pasase un brazo por la cintura. Después tras un momento de dudas pudorosas, me dijo que volviera el domingo siguiente... con la cédula. Y sonríome de nuevo con un gesto lleno de promesas. Volví el día citado, llamé á la puerta ebrio de gozo, y como no me contestaran en seguida y volvíese á llamar, asomóse una vecina á la escalera y me gritó estas terribles palabras:

—Se han mudado anteayer.

Suspiré tristemente y compadecí á la Arrendataria que, en realidad, había perdido más que yo en aquella mudanza.

Pero la aventura verdaderamente mara-

villosa de todas las que por entonces me ocurrieron es la que sigue:

Un día entregóme un compañero los padrones de una calle de las afueras, célebre en la historia del amor pagano, para que hiciese el reparto de cédulas, y al repasarlos y llegar á los del número 6, me advirtió que en el piso cuarto de aquella casa vivía una señora guapísima en compañía de huésped, que no era huésped en verdad, sino otra cosa más estrechamente ligada con la dama, la cual tenía fama de bondadosísima y enamorada y desde hace algunos años há no había recaudador que no la regalase la cédula, á cambio, naturalmente de un cuarto de hora de cariñosa hospitalidad.

Cogí los padrones, echéme en busca de la calle de referencia, y una vez ante la casa, subí hasta el piso cuarto, ó hasta el que me pareció que lo era, según el número de tramos que iba dejando tras de mí. Y llamé recio con esa seguridad de que somos poseedores los que contamos con alguna prenda física y cierto aplomo conquistador.

Una voz dulcísima preguntó desde adentro:

—¿Quién es?

—El recaudador de las cédulas.

Abrióse la puerta y apareció en el dintel una muchacha arrogante, con unos ojos tentadores y una boca fresca, capaz de trastornar á la propia imagen de la pudibundez.

—¿Viene usted de la oficina?—me preguntó afablemente.

—Sí, señora.

—Pues ahora mismo ha ido á ella mi huésped para...

La interrumpí sonriendo:

—Con que su huésped ¿eh?

—Sí, señor, mi huésped...

—Calle, calle, que ya lo sé todo y no hay para qué fingir... ¡Es usted encantadora!

Y así diciendo, comencé á ... y ... de tan apremiante manera, que la buena señora no tardó en abandonarse con la más ardiente de las sumisiones.

Un campanillazo nos sacó de nuestro éxtasis. Era el huésped. Eché rápida mano á mis papelotes, extendí las cédulas con una seriedad incommovible; me las pagaron, cosa que no esperaba en verdad, y me despedí. La señora me acompañó hasta la puerta, donde cambiamos un furtido saludo—¡ay, ya lo creo!—y al ver que tomaba

escaleras abajo, preguntóme en voz alta:

—¿No sube usted al piso cuarto?

—¡Cómo al piso cuarto!—exclamé sorprendido.

—Sí... éste es el tercero.

No supe qué contestar. Acababa de darme cuenta de la equivocación, que hasta cierto punto no lo era, y acordándome de la cara feroz que el huésped tenía, empecé la fuga sin subir al piso superior. ¿Para qué, después de lo sucedido?

Félix Recio

♦ Capote al brazo

Ya tenemos una ópera nacional más: *Tabaré*. Según lo que los críticos dicen en letras de molde, la nueva producción lírica de Bretón es un prodigio de armonía, composición y melodía. Eso lo escriben al me-



Ella.—Está visto que ya no me quieres.

El.—¿Pero á qué viene eso?

Ella.—Ayer pegaste á una mujer que no era yo.



Ella.—¿Pero no me prestas las cincuenta pesetas?

El.—Si quieres, extiéndeme una factura con el recibí.

diodía, pero, por la noche, murmuran en los pasillos del regio coliseo que aquello no debía titularse *Tabaré* sino *tabarré*, que es algo así como una contracción de *ta-barra*.

Vamos, que por el título, parece un símbolo en honor de Labra, que es una tabarra auténtica, sin contracción de ninguna clase. Y es natural, porque el asunto de la ópera se desarrolla en los tiempos de la conquista de América y el bueno de don Rafael María, es completamente panamericano, que como ustedes habrán visto por Méjico, es un pan que se gana á tiritos. ¡Sabe, amigos!

Nosotros, que no somos críticos, en buena hora lo digamos, estamos de acuerdo en lo que dicen cuando murmuran por los pasillos.

Y lo peor es que lo mismo que á nosotros, le pasa al pueblo pagano. El espectador de buena fe sale de allí loco con tantas ideas en la orquesta y tantos salvajes en la escena.



Demme

Uno.—Bueno, pero aparte de esa mancha que dices tiene un gran capital.

El otro.—Pues yo no! e conozco más capital que el de los siete pecados.

El más benévolo, reserva su opinión:

—¿Qué te parece la nueva ópera *Tabaré*?

—Hombre... ¡Ya *tabaré* más despacio!

⦿

Estamos en plena efervescencia de manifestaciones.

Ahora le ha tocado su turno á la de los enemigos del impuesto de inquilinato, que protestan de la subida de la subsistencias.

Todos los manifestantes, estaban de acuerdo en que se impone la bajada.

A esta manifestación de vecinos públicos, seguirá, según anuncian algunos colegas, otra de mujeres públicas que se quejan de la persecución de que son víctimas por parte de las autoridades que no las dejan ganarse las subsistencias de referencia, y dicen que así no hay quien suba ni baje.

Pero es que se olvidan que estamos en Cuaresma, y que es de precepto el ayuno y no abusar de la colación.

Que ya vendrá después la época del carbrito.

⦿

Dentro de unos días debutará en la Zarzuela una compañía de opereta italiana, á

la que no queremos dedicar elogios prematuros para que no digan los maliciosos que *facciamo la rosca* en cuanto olemos la venida de artistas *qui parlano la lingua del Dante*.

Los cuales artistas, singularmente ellos, tienen unos nombres curiosísimos.

Los empresarios se llaman *Caramba*, *Scognamiglio* y el director de la orquesta *Bellezza*.

Si es *cogna* puede pasar, pero ¡*Caramba* con el apellido del maestro!

Ya estamos viendo á Premio Real contratándole por si como dicen tiene buena batuta.

Y es lo que él dirá cuando acometa, según se dice en términos orquestales:

—*¡Va tutta... mio signore, va tutta!*

⦿

Ya habrán visto ustedes que un rata entró días atrás en una zapatería de la calle de la Salud, y después de dar la lata al dueño, exclamó: «¡Salud!»... y se llevó un par de botas que eran de Emilio Thuillier, que aunque no es maestro italiano, está considerado como una verdadera *bellezza*.

Y cuentan que el zapatero, al advertir el robo, echó á correr detrás del granuja exclamando:

—¡A ese! ¡*Caramba!* ¡que *scogna* á Emilio!

Modestito



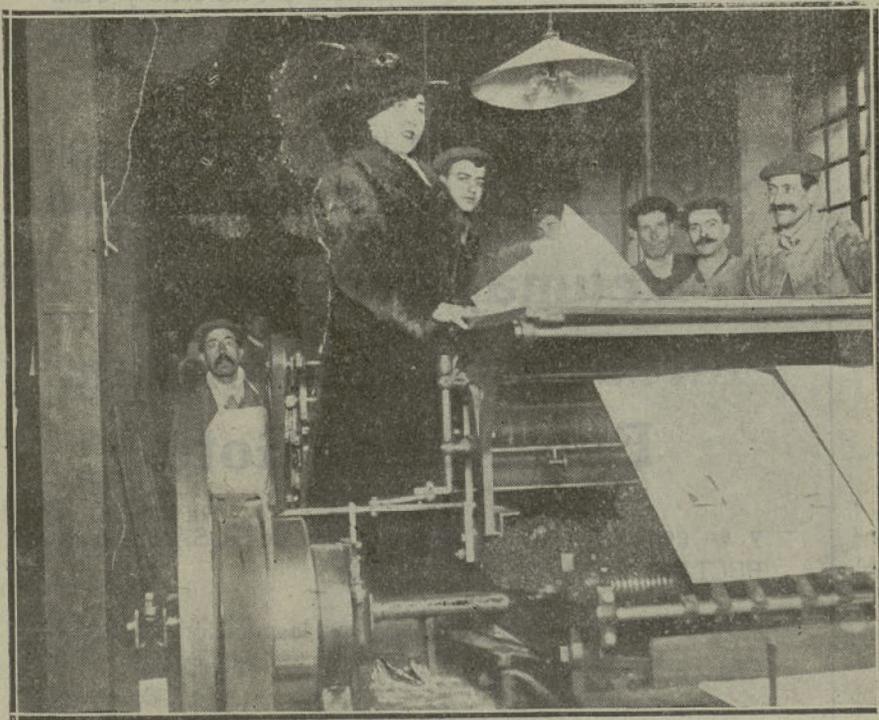
Ella.—No, si ya me lo decía mi amiga Julia... ¡Que tiene sesenta años!

(Véase el número anterior de LA HOJA DE PARRA)

—Se trata de un concurso por cupones, ó como ustedes quieran—dijonos.—Un sorteo en que haya un solo agraciado, el cual tendrá derecho á que yo le ofrezca una noche la intimidad de una cena, y, si quiere me case con él.

(Palabras de la excéntrica)

Aceptado, con el reconocimiento que merece, el generoso ofrecimiento de nuestra bella amiga, el concurso va á celebrarse, y á los escépticos, á los que echándoselas de picarones dudan, sin fundamento serio, les respondemos de su formalidad con nuestras



LA INTERESANTE PERUANA —Seguirán otros retratos. .

cabezas, que Dios conserve erectas mucho tiempo.—Para no ser menos que los rotativos, ya que en tirada les pasamos, y por ser lo más práctico, utilizaremos el procedimiento de cupones, cuatro de los cuales podrán ser canjeados en el sitio y día que se anunciará oportunamente, por un número para el sorteo. Este tendrá efecto en un teatro, ú otro sitio en que el público pueda presenciarle, «con toda clase de formalidades».

En el próximo número publicaremos el primer cupón.

¿Por qué sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

SIFILIS, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres periodos, el

**Reuma, Artritisimo,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA y VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL y GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS